

Esta es la Vida!

La vida que es miserable y que es divina, que se nos da sin que la pidamos y la damos por placer para el dolor; que se anuncia en llanto del niño y no acaba en el sollozo de la virgen.

La vida que hace de Ellos dos, El y Ella dos desventurados dichosos. Ellos dos que reflejan el ansia de su carne en el ansia de sus ojos y la cara del uno en la cara del otro. Ellos dos, que se lo dan todo y no se dan nada; que confunden sus fiebres en una llama y sueñan (¡ilusos!) confundir sus almas en un anhelo; que sienten su sangre hecha una en el acto divino por el que venimos suspirando desde niños y que ya viejos, a gatas sobre la tierra, nos hace suspirar con el recuerdo de placeres, que la carne no olvida. Ellos dos, Hombre y Mujer, hechos del limo de la tierra y la carne de la nube, que gozan y se exaltan, y se creen divinos un leve instante, para despertar luego y ver al viento arrastrar el cadáver de los sueños como un puñado de ceniza; para ver luego aullar al viento por las grietas del Idolo y pasar sollozando venturas muertas al soplar sobre las ruinas de un deseo.

Ellos dos, que caminan prendidos de las bocas anudándose con las manos, buscándose con las manos y con los ojos, como si viéndose uno al lado del otro temieran no encontrarse; como si palpándose con los ojos, temieran verse desvanecer en la sombra de donde vinieron y a donde han de volver bien breve.

Ellos dos, que se dicen palabras de dulzura inaudita como si con pa-

labras quisieran echar un nudo ciego a sus anhelos y encarcelar sus almas que vuelan libres por cielos distintos y distantes.

Ellos dos, que se olvidan el uno en el otro, y viven su vida en la vida ajena y se descargan del alma en el alma que no es nuestra y caminan su vida hacia la muerte, y viven sus días royendo el pan de una dicha, más negro que el pan de centeno y tan pequeño que pronto el mendrugo se acaba y muerden el puño y devoran la mano, la pobre mano enflaquecida y mendigante.

Ellos dos, Hombre y Mujer, unidos como dos condenados, unidos como las sombras de Paolo y Francesca por un beso que no sacia, mordiéndose las bocas hechas de tierra, las bocas que nan de morder mañana el polvo de la tierra, caminando sin rumbo, sin brújula, sin bordón y sin paz; caminando su breve camino doloroso y penoso, empujados por la vida hacia la muerte!—*Alberto Guillén.*

ENSAYOS

JEUNE HOMME, por *François Mauriac*. Librairie Hachette.

Nadie como los editores franceses para satisfacer los gustos y las necesidades espirituales de nuestro tiempo. Son ellos los que controlan esa corriente misteriosa que se establece entre el público y el escritor, los que vetan y aprueban, los que aun, de vez en cuando, determinan las condiciones de idoneidad de un género. Hay toda una

literatura nacida a la sombra de los editores, bajo su égida providente. Claro que no es la alta literatura aquella que reconoce a la posteridad como supremo juez, pero es una literatura que nutre millares de hombres cultos de todos los países. Esas sugestivas colecciones: «Les types de ce temps», «La vie des grandes amou-reuses», «Les vies des hommes illustres», son obras hechas por los editores para un público que prefiere unas cuantas biografías noveladas a Momsen o a Cantú, gentes que no tienen tiempo para observar la vida a su alrededor. ni desentrañar la del pasado con paciencia y la adquieren, agudamente interpretada, por 12 o 15 francos el volumen. Y no se piense que sea ésta una literatura despreciable. Los escritores abundan en tal forma que los editores pueden ahora escoger, seleccionar, especializar, racionalizar la producción con evidente ventaja para el consumidor... y para el escritor. Ahí es tán Maurois, Ludwig, para no citar sino los más conocidos. Y ahí está también François Mauriac, que en ese pequeño libro que se llama «Le jeune homme», de la colección «Lesages de la vie» (1). ha escrito una pequeña obra maestra, un hermoso ensayo sobre la juventud de nuestro tiempo.

Mauriac es un novelista conocido y justamente estimado. Es católico, y de sus novelas, que atestiguan condiciones excelentes «Le fleuve de feu», «Le désert de l'amour»

«Génitrix», etc., se desprende un soplo de mística tragedia, un aroma de voluptuosidad en el pecado que ya se iba olvidando desde Huysmans.

Mauriac habla del joven con un tono viril, penetrante, rico de ese sobrio lirismo del pensamiento que tanto valoriza la idea. Dice cosas tan dignas de meditación, de tanta amarga verdad humana, como ésta, por ejemplo:

Lo que se llama un hombre formado se obtiene al precio de tantas mutilaciones!

Sabe ser profundo, llegar hasta la fibra esencial de la juventud, conmover la entraña juvenil que aun perdura en el hombre ya hombre con una añoranza imposible: dice que ser joven es no tener limitaciones, tener ante sí el mundo lleno de posibilidades vírgenes, creer ser capaz de realizarlas todas. (Mauriac, que ya no es joven, no puede eximirse de cierta melancolía al hablar de estas cosas). Mauriac encuentra que, en nuestro tiempo, el joven es diferente del de hace veinte años, pero que la juventud es siempre igual; que el joven de nuestro tiempo, a pesar del deporte, de la velocidad, de los negocios, de su prematuro acceso a la lucha diaria, conserva, contra lo que generalmente se estima, su reserva de juventud espiritual, reducida tal vez, sin duda alguna, menos presente en la consciencia, pero efectiva y animadora; que ahora hay tal vez menos jóvenes entre los jóvenes... Anota que ciertos intereses se desplazan de generación

(1) Librairie Hachette, París, 1932.

en generación: el joven 1930 admira sus músculos, los vigila y los contempla amorosamente, como el joven 1830 admiraba y repetía en silencio el ritmo de su primera estrofa. Hace, en fin, el retrato, más que el retrato, la interpretación psicológica del joven de nuestro tiempo, no en abstracto, sino frente a los problemas que lo asedian: el amor, el arte, la vida interior, la lucha económica, la comprensión del sentido eterno de la vida, todo cuanto puede servirle de reactivo para destacar la fisonomía verdadera y profunda de la juventud contemporánea, con una maestría y una seguridad realmente superiores. Cada uno de sus cortos capítulos es un hallazgo de precisas novedades, está cargado de riquezas inapreciables.

Amable, hecho de certeras pinceladas psicológicas y de agudas observaciones, escrito en un estilo nervioso y espontáneo, sin sistematizaciones absurdas, eminentemente vivo, caluroso y cordial, es el pequeño libro de Mauriac.—*O. V.*

BIOGRAFIA

ZOLA, *H. Barbusse* (1).

El gran autor de «El Fuego» y de «El Infierno», con su maestría insuperable, ha hecho de la vida de Zola y del ambiente literario y artístico de su época, este libro que

tiene todos los tractivos de una novela.

Cézanne, el pintor que ha tenido la mayor influencia en la renovación de la pintura, Michelet, Mendes, Francisco Coppée, Flaubert, los hermanos Goncourt, Sainte Beuve, Maupassant, Jaurés, Huysmans, Alfonso Daudet, Paul Bourget, y otros cuyo renombre se ha apagado no poco, son los personajes de esta historia novelesca, con que Barbusse ha querido resucitar treinta años de vida intelectual francesa.

La lucha titánica y persistente que entablara Zola en su renovación de la novela, hasta su triunfo definitivo, y su consagración, que le hizo ser el primer hombre de Francia, están en este libro de Barbusse con detalles innumerables, pintorescos algunos y dolorosos los más.

No trata esta obra de fijar el valor indiscutible de Zola como innovador ni como maestro. Se limita a decir que

la novela actual no sería lo que es —en Francia ni en ninguna parte— si no la hubiera aportado Zola sus descubrimientos y sus audacias. Es demasiado suya por varios puntos íntimos. La influencia directa de este hombre es demasiado inmanente—salvo para los pequeños grupos especializados—en la contextura y en la construcción de toda obra imaginativa escrita después.

No se le puede criticar hoy todavía con cierta profundidad sin caer en injusticia o en ingratitud.

Las cartas recibidas por Zola, que sus herederos han entregado

(1) Editorial Cénit. Madrid, 1932.